

JUAN CARLOS CHIRINOS

los cielos de curumo



La Huerta Grande

EDITORIAL

LOS CIELOS DE CURUMO

JUAN CARLOS CHIRINOS

© De los textos: Juan Carlos Chirinos

Madrid, 2019

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 9788417118525

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien
Comunicación

Para Fátima, por supuesto.

*... y para Frank Spano, porque una noche enloqueció con
el astronauta de la catedral*

¿Qué es eso que conocemos tan bien y de lo cual no podemos hablar? ¿Qué es lo que queremos decir y no podemos contar? ¿Qué es eso que inunda nuestros corazones con su música grandiosa y solemne? ¿Qué es lo que lacera nuestras gargantas, lo que late con un ardor extraño y salvaje en nuestras venas, lo que nos enloquece con su alegría triunfante e intolerable y nos deja sin habla, mudos, enloquecidos por nuestro entusiasmo hasta el final?

Thomas Wolfe

Three gulls wheel above the broken boxes.

John Dos Passos

La gran capital del sur era una mazorca de hombres que se disputaban a gritos la posesión del día y de la tierra.

Leopoldo Marechal

Curumo. Voz caribe para designar al *Coragyps atratus*, buitre negro americano, gallinazo o zamuro

I

LOS MÉDANOS VORACES

1

—Huele a avellana —dijo Osiris.

El coronel, que conducía la Hummer negra, no te hizo caso, o quizá no te oyó por el ruido del motor o por el calor que luchaba por inutilizar el aire acondicionado. Era tu primera vez en Venezuela pero no tu primera vez con el calor, así que no tuviste vergüenza al preguntar:

—¿Podemos bajar las ventanillas?

El coronel te miró con una media sonrisa que no te dejó saber si se burlaba o le habías caído en gracia. La camioneta corcoveó y de inmediato siguió su veloz carrera por la carretera plana y solitaria, solo rodeada por ásperos cujíes y arena, brillante arena que amenazaba todo el tiempo con devorar el asfalto. El sol se alzó en lo alto avisando que, acabado el mediodía, se preparaba para iniciar su loco descenso hacia la noche. También te hubiera gustado pedirle al coronel que fuera más despacio para contemplar con lentitud las cosas que pasaban frente a ti. Esa sensación siempre te había gustado, desde la época de las vacaciones familiares allá en Curitiba: cuando vas en un carro, las cosas más alejadas (los árboles, las montañas, los animales que pacen sin percatarse de que engordan peligrosamente) van más despacio que las cercanas (los arbustos, las rayas blancas de la carretera, los vendedores de mandioca). ¿Por qué ocurría esto? Los mayores te explicaban que cuando el mundo está más cerca se acaba más rápido; por eso debías aprovecharlo al máximo. Te hubiera gustado, por eso, pedirle al coronel que disminuyera la velocidad para no perder detalle de lo cercano, pero su media sonrisa, de burla o de cariño, te puso en guardia.

—Claro, ¿por qué no? —respondió, afable; y presionando un botón bajó tu ventanilla y la suya.

El aire caliente de la península de Paraguaná entró en la Hummer con todo su escándalo y tu delicado rostro acusó de inmediato el efecto secante del viento y los golpes, sin embargo dulces, de la arena ardiente. Te dieron ganas de que pararan. Los dos hombres que iban detrás, gordos como si estuvieran preparándose para una gran hambruna, no parecían contentos de que el efecto relajante del aire acondicionado hubiera sido anulado por tus caprichos de turista. Eran los guardaespaldas del coronel. «¿Pero a quién se le ocurre abrir las ventanillas en una carretera así, con este enorme calor?», pensarían los gordos, «con lo sabroso que es dejarse arrullar por el friío artificial de esta camionetota, para eso la habíamos comprado, para no pasar calor como unos chivos, no joda». No te gustaron sus caras, Osiris, pero más que sus caras, te repugnaron sus gestos grasosos, sus miradas insolentes. ¿No tenía ella derecho a un capricho? Al fin y al cabo, la necesitaban con desesperación y el precio, le parecía, no era tan alto. Y no sabes si porque la fisiología de tu cuerpo es así de caprichosa o porque tuviste ganas de darles una lección a esos dos gordos, te entraron unas repentinas ganas de orinar, urgentes como casi todo en ti.

—¿Falta mucho, coronel?

—Un buen trecho para llegar a Santa Ana. ¿Ves ese cerro puntiagudo y azul a lo lejos? Allá es a donde vamos.

—¿Y no hay nada hasta allá donde podamos parar un momento? ¿Una gasolinera, un pueblito, algo? —preguntaste exagerando el tono de angustia.

—Que sepamos, nada de nada —intervino uno de los gordos, casi feliz de dar la mala noticia—. Puro médano y carretera. Calor hasta que llegemos, mi amor.

Te rascaste la breve protuberancia con que el pezón remataba la teta izquierda; según tu madre y tus hermanas, ese era el gesto que precedía a tus ataques de cólera.

—¿Y no había una manera menos incómoda de llevarme a Santa Ana? ¿Un helicóptero de la Fuerza Aérea, por ejemplo? A su presidente no le va a gustar la manera como me están tratando. Y al mío tampoco.

La mención de los presidentes inquietó a los tres hombres, pero sobre todo a los gordos que desde hacía rato sudaban por efecto del aire caliente y el polvo que los confundía.

—Esas son las órdenes, señorita, el más bajo perfil —se defendió el coronel, distante ahora aunque no había perdido la sonrisa afable—. No debemos bajar la guardia porque todavía hay muchos enemigos del proceso que no quieren esta reunión.

—Entiendo —lo tranquilizaste—. Entonces párese un momento, por favor. —Tu voz siempre endulzaba el ambiente porque sabías que eras una campanita de alegría.

—Pero nos están esperando en Santa Ana desde hace horas, es mejor que...

—¡Que se pare, coño! —Y tu cambio de tono llenó a los tres hombres de estupor.

Sin rechistar, la Hummer se detuvo.

2

A las cinco y media de la mañana ya era de día en Cúa; tú te habías levantado muy temprano, Manrique, porque tu jornada comenzaba antes de que hubiera luz; así que, ese día, Paula —Pau, como la llamábamos todos, incluso yo— aprovechó la cama vacía, como solía hacer, para dormir un par de horas más: era el único momento en que de verdad estaba con ella misma, cuando por fin te levantabas y dejabas desocupado tu lado de la cama, «el celoso lecho del esposo», como lo llamaba burlonamente Pau. Ella había escogido a propósito un colchón duro y a la vez suave pensando en esos minutos de diaria soledad de que disfrutaba mientras tú, Manrique, te ibas a escribir y a darle de comer a la única gallina ponedora del corral:

—Cocorita, Cocorita...

Como en un rito que invocara a la mañana, esas eran tus palabras cada vez que te acercabas a echarle pienso. Luego solías sacar dos o tres huevos que, más tarde, formarían parte del desayuno. Entonces te asomabas al patio: el sonido de los animales era un concierto indeterminado; el cielo azul dudoso y era evidente que la cálida humedad pronto empezaría a adherirse a tu cuerpo y haría inútiles las duchas rápidas porque iba a ser otro día de extenuante calor. Nada fuera de lo común, por otra parte. Sin embargo, aún una brisa fresca te confirmaba que la decisión de mudarse a la pequeña población de Cúa, abandonando la superpoblada Caracas, había sido la correcta: respirabas aire puro y no había canícula que no valiera la pena por eso. Cuando el sol se asomaba tus ojos presenciaban un prodigio: entre las ramas y los frutos podridos creías vislumbrar

un lenguaje cuyos signos eran un león tumbado, una caña florida, una boca solitaria; pero casi siempre solo veías indescifrable monte.

Tu ritmo de vida, Pau, aparentaba acoplarse al de Manrique. Podría parecer que se trataba de la habitual situación en la que el hombre decide sin tomar en consideración las ilusiones y planes de su compañera, pero lo cierto es que entre ustedes ha habido siempre una especie de contrato en el que la acción está en sus manos y la reflexión en las tuyas. Para un testigo externo se trataría de la continua relación de los caprichos de Manrique: ecologista, arquitecto, informático y granjero a la vez. El que no conociera la estrategia de dominación que desde hace tiempo te has inventado podría creer eso, cierto; lo pensaría sin duda el que no sepa del truco que descubriste cuando tenías nueve años: el «envenenamiento mental».

Antes de saber descifrar palabras y frases, palpabas los libros como objetos de otro universo, cofres llenos de señales difíciles de concebir. Vivías dentro de las hojas escritas como un ciego en un ramo de rosas. Muchos años después, leyendo a Jung, comprendiste lo que te había ocurrido en la infancia: supiste por qué hasta entonces el mundo te había parecido plano, sin volumen, como si una especie nueva de estrabismo se hubiera apoderado de tus pensamientos, evolucionados como para crearse su propia profundidad, su propio campo posterior, útiles para las tareas cotidianas, pero inservibles para las operaciones complicadas del espíritu, como volar o entrar en la cabeza de los demás:

No era tan solo un lugar en el mapa, sino el mundo de Dios, ordenado y lleno de misterioso sentido. Esto parecía que los hombres lo ignoraban y ya los animales habían perdido en cierto modo este sentido. Esto se veía en la mirada de las vacas, triste y perdida en la lejanía, en los resignados ojos de los caballos, en la sumisión del perro que se apegaba al hombre y en el mismo comportamiento del gato que

había convertido la casa y el granero en su vivienda y lugar de caza. Del mismo modo que los animales, los hombres me parecían inconscientes; miraban al suelo o hacia los árboles para ver en qué se podían utilizar; como los animales, formaban grupos, se emparejaban y se combatían sin ver que habitaban en el cosmos, en el mundo de Dios, en la eternidad, donde todo nace y todo ya está muerto.

La bidimensionalidad de lo que te rodeaba y su sustitución por el mundo del sueño te esperaban muchos años después en las tremebundas palabras del médico suizo. Pero en la infancia apenas pudiste valerte de un burdo sucedáneo para no enloquecer de aburrimiento: para constatar que existías, te pellizcabas los brazos para que la realidad te transmitiera alguna sensación; y como los pellizcos fueran insuficientes, te dejabas caer contra el suelo, te dabas intencionados porrazos en la cabeza, restregabas la espalda contra las paredes: querías saber que estabas allí, que tu cuerpo te lo dijera. Allí y en ningún otro lugar. A partir de la adolescencia fueron las hormonas las que se encargaron de distraerte, pero de ninguna manera disiparon tu angustia ante la simplicidad del cosmos.

¿Por qué es plano el mundo sin la intermediación de los sueños?

Eso quisiera saber yo.

El universo era un lugar imposible de asir sin ejercer la dominación plena. Por suerte, te topaste con un libro verde cuyo título te turbó: *Envenenamiento mental*, de H. Spencer Lewis, Gran Maestro Rosacruz. Desde ese día no tuviste otra preocupación: quisiste aprender a adular la voluntad de la gente. La tarde en que lo encontraste, pensaste que si lo leías podrías morir, que tu cerebro se pondría verde de ponzoña y reventaría como en los dibujos animados. No obstante, cada vez que regresabas a la biblioteca para buscar un libro nuevo —*Marianela*, *Ana Isabel*, *una niña decente*, *Caballito loco*, *Las aventuras de tío Tigre y tío Conejo*—

dabas vueltas alrededor del libro verde y lo escrutabas por si pudieras detectar el polvillo mortal que destruía el cerebro.

Entonces te preguntabas: si tu padre tenía el antídoto para semejante peligro, ¿por qué no lo había repartido a la familia antes de que ocurriera una desgracia? Buscaste entre las medicinas a ver si allí se escondían las pastillas contra el envenenamiento mental y, como no las encontraste, te propusiste exigir las, porque la curiosidad te palpitaba en las venas, ansiosa por saber qué decía ese libro verde. Con un palo giraste con dificultad el ejemplar venenoso y, en un acto de temeridad, leíste de lejos la contraportada que, como suponías, no decía nada sobre el grado de peligrosidad de sus páginas; tuviste que usar unas pinzas de la cocina para colocar el maligno libro en un rincón que solo tú conocías: la familia estaba a salvo. Cuando tu papá regresó, te faltó tiempo para abalanzarte sobre él, pedir la bendición y exigir una respuesta inmediata; una sola frase habría sido suficiente para que te tranquilizaras.

—¿Es venenoso el libro, papá, es venenoso?

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

—Ahora se le metió en la cabeza la idea de que tienes en la biblioteca un libro que mata a la gente con solo leerlo —le explicó tu mamá.

Él pidió que le mostraras ese libro y sonrió: aseguró que te iba a enseñar cómo se puede salvar a la gente que lee libros emponzoñados. Enfurecida, fuiste hasta el rincón donde lo tenías escondido y sin mirarlo mucho lo arrojaste sobre el escritorio.

—Este.

Esperabas una explicación; pero tu padre, en cambio, te alzó y te besó muchas veces prometiéndote que, si te comías ese caramelo que te ofrecía, podrías hurgar el resto de su biblioteca sin volver a sentir temor a que un libro te destruyera. Y diciendo esto, te dejó en el suelo —consternada.

Ya sola, volviste sobre el libro. Lo acariciaste, pidiéndole perdón por haber pensado que se trataba de un enemigo. ¿Qué podía hacer una niña de nueve años contra un libro tan poderoso? ¿Dar una patada o rogar clemencia? Notaste que ahora el libro no parecía tan amenazador. Sería tal vez por efecto del caramelo que te inmunizaba contra su poder. Calmada, dijiste en voz alta «*Envenenamiento mental*, por H. Spencer Lewis», y leíste con ansia la contraportada:

A diario transitan por los caminos de la vida almas torturadas, seres humanos que han perdido la fe en sí mismos y cuyos pensamientos han sido contaminados por miasmas invisibles: las supersticiones y los prejuicios adquiridos. ¿Pueden la envidia, el odio y los celos proyectarse a través del espacio y ser transmitidos de una persona a otra? ¿Pueden los pensamientos malévolos atravesar el éter como rayos de muerte misteriosos para herir a una víctima inocente? ¿Pueden los malos deseos y las maldiciones formuladas en un momento de exaltación formar una tromba arrolladora para arrasar con seres indefensos? ¿Puede la humanidad estar a merced de los pensamientos viles que surjan en seres degenerados y viciosos? ¿Qué harán los búhos reales cuando se acaben los conejos? Cada año, millones de individuos son víctimas de todas estas malas influencias. ¿Está usted a salvo de esta calamidad? Este libro expone este interesante problema psicológico, constituyendo una revelación sensacional. Léalo y se dará cuenta de ello.

Precio: 14 \$

Esa misma tarde hiciste la primera lectura. H. Spencer Lewis explicaba algo que consideraste asombroso y era tan fácil que tuviste dudas de que fuera un truco de los que se hacen en el circo:

El cerebro de la gente se puede contaminar con palabras.